

Pioneros aragoneses de la antropología social: Vagad, de las Cortes y Joaquín Costa

Por
CARMELO LISÓN TOLOSANA

Me permito invitarles a trasladarnos en un salto imaginario a la Zaragoza de la segunda mitad del siglo XV. Para ello podemos ayudarnos de algunos monumentos de la Zaragoza actual. Los dos núcleos de murallas romanas que todavía quedan, la muralla del Palacio de la Aljafería, su torre del Trovador, la monumental escalera y el salón del Trono, los vemos nosotros hoy como los veían los zaragozanos del XV. Nos servimos, para pasar al otro lado del Ebro, del mismo puente de Piedra. Aquéllos admiraban, al ir a La Seo, el mismo y magnífico muro mudéjar, de tracería con arcos mixtilíneos, que admiramos nosotros hoy. Al oír misa veían el mismo retablo que vemos nosotros ahora y los cantores se sentaban en el mismo coro que lo hacen hoy. Donde está hoy el Pilar se levantaba entonces una iglesia gótica, la de Santa María la Mayor, con la capilla de la Virgen en el claustro. En este siglo el Pilar atraía muchos romeros y peregrinaciones. La reina Blanca de Navarra vino en acción de gracias por su curación que atribuyó a Nuestra Señora del Pilar. Acompañada del Príncipe de Viana, de obispos y caballeros, entró en el templo donde le esperaba el Justicia de Aragón, obispo y clero. Fundó una cofradía en honor a la Virgen del Pilar que tuvo por distintivo externo una banda azul con un pilar de oro esmaltado en blanco. El Papa Calixto III, concededor de la ciudad, puesto que había vivido en ella, expidió una bula en 1456 en la que recoge la tradición de la venida de la Virgen, sobre una columna de mármol, a Zaragoza. En ella otorga, además, indulgencias a los que visiten la iglesia de Santa María del Pilar.

A pesar del tiempo transcurrido podemos fácilmente retornar a la atmósfera del siglo XV visitando las iglesias de San Gil, la Mag-

dalena, San Miguel de los Navarros y San Pablo, ya que todas ellas han cambiado un poco desde aquellas fechas. Más aún, si esta noche fuéramos invitados a cenar en el refectorio del convento del Santo Sepulcro, tomaríamos nuestro pan y nuestro vino en el mismísimo refectorio medieval.

Naturalmente que las impresiones de este paisaje monumental van unidas a los zaragozanos de aquellos decenios que finalizan el siglo decimoquinto. ¿Qué personas, culturalmente activas, vivían en la Zaragoza del *quattrocento*? Muchas y muy interesantes, porque Zaragoza era el centro de una extraordinaria erudición y creación literario-artística. Micer Gonzalo García era una de ellas; doctor en derechos, historiador, jurista, asesor del Justicia de Aragón, iniciaba y frecuentaba tertulias literarias y lo que es más importante, indujo al impresor Hurus a quedarse en Zaragoza. Esta es la razón de que nuestra ciudad fuera una de las más importantes en los comienzos de la imprenta en España. La biblioteca de Gonzalo fue la mayor reunida por un humanista en toda España. Su amigo Pedro Tolón tenía, posiblemente, la segunda biblioteca del país. Gonzalo de la Caballería traducía clásicos al castellano que Hurus publicaba. Los cenáculos literarios de la ciudad estaban en contacto directo con el renacimiento italiano, ya que aragoneses tales como Jiménez de Urrea, Lanuza, Juan de Moncayo, Urriés, Fernández de Híjar, García de Borja, Pedro de Santa Fe, etc., letrados, diplomáticos, embajadores y poetas, guerreros y caballeros galanes, vivían en Nápoles en la corte de Alfonso V.

Ahora bien, quiero especialmente recordar ahora a Micer Ferrer Raz, Luis de Híjar, Berenguer de Bordají, Fernando de Bolea y Galloz y a Martín de Raica quienes, juntamente con el arzobispo zaragozano Alonso de Aragón, invitaron a otro zaragozano, Gauberte Fabricio de Vagad, a tomar la pluma y escribir sobre los hechos memorables realizados por los aragoneses. Vagad había nacido en Zaragoza y había sido alférez de Don Juan de Aragón, arzobispo de Zaragoza. Era también poeta y cronista oficial; pero hay una nota biográfica que le caracteriza todavía más: Vagad vistió el hábito del Císter; era monje bernardo.

Para cumplir con su cometido Vagad viajó por monasterios para obtener copias de crónicas, consultó archivos y recogió documentos. Resultado de su labor investigadora fue la *Corónica de Aragón* publicada en 1499 por Paulo Hurus en Zaragoza; en ella traza los orígenes de los aragoneses y del Justicia, describe los fueros, cos-

tumbres y libertades de los aragoneses y elucubra sobre la naturaleza poliárquica y la organización política del reino aragonés. El fraile bernardo analiza en esta obra tiempos primigenios, de formación, la leyenda etiológica, los mitos de origen; penetra en espacios y momentos milagrosos, elucida tradiciones voceadoras de maravillas; ve los sucesos y acontecimientos históricos como los ve un antropólogo actual, esto es, en tanto en cuanto representan en forma de drama, ideas, valores y creencias, los deseos y frustraciones de los que cada momento hacen la historia aragonesa. Erige toda una arquitectura de símbolos, mitos, imágenes y alegorías para la interpretación del Reino, exactamente las mismas categorías culturales que manipulamos hoy cuando queremos interpretar antropológicamente a Aragón. Vagad se nos adelantó nada menos que quinientos años.

La *Corónica* es una explosión de aragonismo; Vagad se siente intensa, radicalmente aragonés, y quiere probar con su obra histórica que los aragoneses superan en hazañas, saber, honra y virtud, a los catalanes y castellanos, a italianos y franceses. He aquí cómo procede metodológicamente:

1) Fray Gauberte lee y coteja las crónicas aragonesas antiguas para someter el pasado a una revisión etiológica, preguntándose cómo ha llegado Aragón a ser lo que es, o mejor, cuál ha sido el modo de formación espiritual regional. Estas demandas sobre el pasado conducen a Vagad, necesariamente, a indagar sobre momentos fundadores, sobre problemas de origen y, finalmente, a una fenomenología del espíritu. Todo muy antropológico.

2) Vagad se apoya a continuación para su argumento en una doble categoría antropológico-cultural: en el mito y en el tiempo primigenio e inicial. Narra con prolijidad cómo el rey Héspero —personaje mítico que aparecía en las crónicas— fue un rey hispano que dominó Grecia y Roma antes de que Roma nos dominara a nosotros. Pasa inmediatamente a relatar cómo España fue poblada por los Pirineos —de Huesca, claro está— a donde llegó, cuando nadie habitaba en la Península, el quinto hijo de Jafet que fue el fundador de Zaragoza. Conquistado el suelo hispano por los árabes reacciona inmediatamente un puñado de aragoneses en la peña de Oroel; se encaminan a San Juan de la Peña. Allí encuentran a dos santos varones zaragozanos quienes pasan la noche en oración rogando al Todopoderoso para que les ilumine en su elección del rey

de Aragón. A la mañana siguiente no sólo eligen al primer rey aragonés sino que además y para contrabalancear el poder real, eligen y crean la figura del Justicia de Aragón, algo así como un tercero entre el reino y el rey.

Leyendo *in extenso* en la *Corónica* todo esto que aquí he resumido, podemos subrayar el saber antropológico de Vagad. Busca y encuentra para Aragón un remoto y noble pasado, el αρχη o principio, el arranque del reino. Esto, dicho sea de paso, lo hacen hoy todas las Autonomías, pero sin la agudeza antropológica del monje del Císter. Fray Gauberte nos traslada al reino de la leyenda, nos pone frente al misterio de los sucesos pretéritos y originales, nos remonta al tiempo del tiempo, al Mito. Proyecta sucesos oscuros e instituciones medulares de la historia del reino en la penumbra admirable y extraña del tiempo primordial, de un tiempo original y *Otro*, trascendente, antropológicamente superior y axiológicamente paradigmático. El rey de Aragón es un noble godo; todos los aragoneses descienden directamente de Jafet, lo que les hace copartícipes del primer pueblo en la tierra, descendientes del pueblo elegido.

El Rey y el Justicia proceden directamente, como instituciones, de la inspiración divina. Los dos santos varones zaragozanos y el grupo de nobles velan dos noches en oración en el Monasterio de la Peña, y reverentes, escuchan la inspiración celestial. Corona e institución adquieren de esta manera la aprobación máxima, una legitimación suprema, sagrada. Vagad, al transfigurar los sucesos en registro simbólico, desliza sutilmente al lector del *sacrum* al *verum* y de éste al *bonum*.

Pero no se detiene aquí nuestro cronista. Corrobora el *verum* además con magníficas pinceladas objetivas y externas, bien conocidas por los aragoneses: el monte de Pano, la peña de Oruel, la ciudad de Jaca, el monasterio —símbolo de San Juan de la Peña—. Nomenclatura toda no sólo agradable a oídos aragoneses, sino con denotaciones concretas, visibles, tangibles y duraderas y con polisémicas connotaciones simbólicas. De este modo, Vagad en continuo movimiento pendular entre el logos y el símbolo confiere, a través del espacio real oscense, carácter y fuerza sensoriales, objetivos, una validez y verdad intrínsecas, inmanentes a la formación mística de Aragón.

Vagad escribe en una etapa de nuestra historia en que el Reino de Aragón está pasando a ser una simple provincia hispana. Castilla

se impone. El retorno a una edad o pasado de oro es, en estos casos, un recurso conocido y psicológicamente eficaz. Nuestros derechos y privilegios como aragoneses, dice Vagad, son inmemoriales; nuestras libertades y fueros son tan antiguas como el Reino. Esa constitución monárquica originaria, esos usos y costumbres tan añejos, son los principios perennes, inmutables e inalienables de nuestro pueblo; sólo nuestros legisladores y con arreglo a nuestras leyes e instituciones, pueden cambiarlos; pero no toleraremos que gentes extrañas que no saben de fueros ni libertades, que no han sabido crear la figura de un Justicia mediador, interfieran en nuestra originalidad. Somos los que fuimos y queremos ser lo que éramos; el pasado justifica nuestra posición presente. Somos autóctonos, diferentes, un reino; nos resistimos a ser englobados y preteridos por Castilla. Vagad es, en realidad, el vocero de estas ideas que son las dominantes entre los juristas, diputados, nobles, humanistas y clero de la Zaragoza de finales de siglo.

3) El esfuerzo realizado por el cronista zaragozano para crear sentido colectivo y significado espiritual no se agota con su interpretación del tiempo primigenio; al contrario, lo completa hábilmente con otra categoría antropológica, con el espacio. El espacio es, ciertamente, una forma privilegiada de existencia de la cultura. Vagad explota esta categoría magistralmente. ¿Cuál es, se pregunta el monje, en España entera, el espacio más sagrado, el sagrado por excelencia? El que ocupa Zaragoza. ¿Por qué? Porque aquí —cito— «entre cantares maravillosos del cielo... apareció de súbito Nuestra Señora con gran muchedumbre y caballería de ángeles». De esta manera el cronista de Aragón avanza con decisivo paso antropológico: del espacio fundacional —es decir, de los Pirineos— nos traslada al espacio eminentemente místico; del significado espacial político, al sagrado; del *tempus* al *templum*, al Pilar zaragozano, ámbito sagrado por antonomasia. De esta hábil manera, a golpe de símbolos y significados, esculpe Vagad a Aragón y lo erige sobre base suprema, eterna: la atemporal elección divina.

El Aragón de Vagad es una especial elaboración de ciertos datos históricos para probar aquello en lo que emotivamente cree; es también, y más importante, una transformación de temas tradicionales, de costumbres, creencias, instituciones y mitos que son los que descubren la realidad aragonesa; es, por último, una trasposición de todos los recursos utilizados a formas simbólicas que son, en definitiva, las representaciones más reveladoras de lo que un pueblo ha

pretendido en el pasado y quiere ser en el futuro. La *Corónica* es una excepcional creación cultural. Bien merece que el nombre de Gauberte Fabricio Vagad sea recordado en alguna calle zaragozana.

* * *

Hace unos años encontré un manuscrito, una extraordinaria joya etnográfica, en el British Museum. Es una pieza única en tanto en cuanto conozco. Se titula *Viaje de la China*; es de principios del siglo XVII. A la sorpresa del descubrimiento del manuscrito se añadió el placer de comprobar que el autor era aragonés. Su nombre: Adriano de las Cortes; natural de Tauste; nacido en 1578. Entró en la Compañía de Jesús en 1595. No gustó a su familia esta decisión por lo que intentaron que volviera a casa. Sus superiores, para evitar la intromisión familiar, lo enviaron a Manila donde profesó en 1613. Murió también en Manila en 1629 a los 51 años. Pero antes, la Compañía le envió a Macao, a China, en misión especial.

El P. de las Cortes se hizo a la vela en la playa de Manila a finales de 1625 en el galeón portugués *N.^a Señora de la Guía*, con 97 pasajeros más. Después de varios días de marear, una violenta tempestad los arrojó a una playa de China, unas 60 leguas al norte de Macao. Los que sobrevivieron al naufragio fueron maltratados, robados, muertos algunos y hechos prisioneros los más por los chinos. Entre estos últimos tuvo la fortuna de encontrarse el aragonés quien padeció arresto de provincia en provincia; en su odisea y cautiverio abrió los ojos y observó un mundo fascinante y extraño. Este es el que describe en su manuscrito.

Podemos imaginarnos, hasta cierto punto, el maravilloso conjunto de hombres y mujeres, con sus trajes, usos, costumbres, comidas y bebidas y el impacto que hicieron en el de Tauste. No sale de su asombro. Observa puntualmente como buen antropólogo, pregunta por señas, y guarda en su memoria cuanto puede. También, como buen antropólogo, se percata del impacto que los hispanos y sus criados negros producían en los chinos. Le atan las manos, le echan una soga al cuello y casi desnudo lo lleva un chino a su casa. Los nativos no podían resistir el placer de verle y tocarle. «A los caminos salía la gente a vernos». «Ibase llenando el patio adonde yo estaba de chinos y chinas». Al llegar la hora de comer le dan, natu-

ralmente, una tacilla de arroz que encuentra crudo. Escribe: «Pedí agua por señas; no me la daban, y después de un largo rato tráenme la caliente al fuego como ellos la beben». En otras palabras, le traen té. Creo que es el primer aragonés que acerca a sus labios una taza de té chino. Veamos su reacción: «yo —continúa— padecía de sed y como no la bebí pensaron que no pedía agua sino otra cosa; tráenme tabaco para tomar en humo, dile de mano y volví a pedir agua fría [que los chinos no bebían por considerarla perjudicial para la salud]; así ellos como ellas unas veces reían de ver las señas que hacía por el agua, otras mostraban curiosidad y querer saber y dar lo que pedía». Pero no lo entienden; le vuelven a traer té que el jesuita rechaza. La experiencia del *shock* cultural, del enfrentamiento de dos culturas va adquiriendo volumen en el aragonés; sigo copiando su descripción.

«Como la multitud y vulgo adonde estábamos jamás había visto extranjeros ni gente de otras naciones, ni entrado éstas su tierra adentro, ni salido los muchos de ellos de las suyas... les era de una general admiración... el vernos; particularmente tenían en qué ver... en nuestros negros, y no acababan de admirarse cómo lavándose no se volviesen más blancos». «Venían a vernos comer y tomar la comida con los dedos [en esta época, casi sólo el rey y el papa comían con cubiertos], que ellos lo hacen tan diestramente con dos palillos». Nunca había visto el de Tauste cosa igual; continúa: y son tan hábiles que ni un sólo grano de arroz se les escapa «y lo llevan a la boca sin tocarlo con las manos». A los chinos les parecían horribles las narices tan grandes de los españoles; escribe el jesuita: «y parécenles a ellos las nuestras tan feas... [que] para pintar un hombre feo lo pintan con narices cuales las nuestras». También mostraban enorme curiosidad «por tener y guardar —dice— la forma y hechura de nuestras letras... Moríanse de vernos escribir a nosotros...; no acabamos en esto de satisfacerles por muchos papeles que les escribiésemos...; admirábanse de ver cuán contrario es nuestro escribir al suyo». En cuanto al perro que llevaba «no se hartaron, escribe, de admirarlo porque nunca habían visto otro igual».

La cita siguiente pone de relieve el contraste cultural, las reacciones de las chinas y la perspicaz observación del P. las Cortes: «serían ya —escribe— las tres o las cuatro de la tarde cuando oí tocar una campana de las suyas, y a su sonido entró aprisa mi casero, desató el ramal de mi dogal de la columna, y llevóme... por

varias calles...». La gente se agolpa para verlo; es conducido a casa del mandarín. Allí le ponen de rodillas delante de él y después de un rato lo tornan a la casa de su carcelero. Indaga la razón y llega a entender que fue llevado a aquella habitación para ser visto, a través de una celosía, por la mujer del Mandarín, ya que su rango no le permitía salir a la calle a verlo. En la habitación donde lo tenían atado se agolpaban tantos chinos y chinas para verlo y tocarle la barba, el pelo y la cara, que uno de ellos rompió la puerta en el forcejeo.

Con el paso del tiempo le permite su carcelero mayor libertad; aprende poco a poco el idioma y decide observar y narrar la vida de los chinos en su sociedad y cultura. Voy a dar varias muestras de las extraordinarias dotes de etnógrafo que despliega. Describe con puntualidad calles, edificios, puentes y ciudades. De una de éstas escribe: «pero lo más insigne... es la calle mayor, muy ancha y muy larga, y toda ella a un lado y a otro llena de todo género de tiendas, unas de mercaderes con mucha variedad de cosas, otras de comestibles, bodegones, pastelerías...; hileras de gente vendiendo frutas, verduras, variedad de mariscos y pescados frescos, secos, salados, y mesas en las cuales el puerco, la vaca y los demás géneros de carne... ocupaba mucho la vista y la entretenía y hermo­seaba sobre manera la calle».

Aldeas, campos, producciones y frutos llenan también buen número de folios, los cuales, juntamente con los que tratan de población, carnes y pescados, animales y caza, hortalizas, vino, aceite, cereales, riegos y técnicas de trabajo, mercaderías y mercaderes, oro, plata y otros metales nos proporcionan una base ecológico-demográfica que sirve de marco de referencia para ubicar otros aspectos de la sociedad china. Correlaciona la poliginia con la demografía y la economía y se esfuerza en proporcionar indicadores numéricos para cualificar los diferentes segmentos de la sociedad china. En el capítulo XX nos dice lo que ha averiguado sobre las rentas, haberes, ingresos, ganancias, salarios de mujeres y hombres, soldados y capitanes, oficiales, tenderos, sastres, pescadores, mercaderes, agricultores, chinos ricos y mandarines.

Uno de los temas centrales del manuscrito es la descripción de la jerarquía de mandarines, sus atributos y competencias, las salas de audiencia y los juicios que presidían, sanciones, prisiones y castigos corporales que imponían. El protocolo judicial nos lo pinta con estas pinceladas: «Antes que el Mandarín llegase a su sala y

audiencia... nos tenían siempre a todos los presos en dos hileras con nuestros dogales al cuello, haciéndole para pasar entre nosotros una calle; a nosotros nos rodeaban los soldados... con sus picas plantadas... Llegaba pues el Mandarín o Mandarines; cada uno de por sí con su acompañamiento; ... [les] precedían sus atavillos, campanas y... trompetas que ellos hacen sonar de diversos modos según varias ocasiones... A esta música respondía otra semejante que estaba junto a la bandera... y de este punto se disparaba un petardo tras el cual abatían todos los piqueros sus picas... y juntamente daban un grito». Llegaba el Mandarín precedido de Ministros de justicia y criados y comenzaba la sesión.

Sobre enseñanza, escuelas, estudios y exámenes se muestra el P. Adriano interesantemente prolijo. Copio lo siguiente como ejemplo: «las escuelas en número son muchísimas; no habrá aldehuela de veinte o cuarenta casas que no tengan su escuela, ni de población calle que en ella no se hallen algunas escuelas. Casi a cada paso las topábamos y oíamos el aprender en tono de los niños; es fuerza sean muchas en número, supuesta la multiplicidad de muchachos y el no tener a cargo un maestro más de 12 ó 15 muchachos en su escuela, con los cuales y sobre ellos solos, está todo el día. Cada muchacho tiene su mesilla aparte y ésta con cajoncillo, y llave y banco en que se sienta. Apenas había amanecido, ni aún apenas había luz para poder ver, cuando oíamos el ruido en el leer de las escuelas y esto infaliblemente yéndolo yo a ver de propósito para más certificarme. Dábanles un rato entre siete y ocho para almorzar [aquí, dicho sea de paso, emplea semántica aragonesa, pues almorzar significa el refrigerio más copioso y fuerte que el desayuno que en Aragón se toma entre 9 y 10 de la mañana] y tras esto, sin cesar, leían o escribían hasta el mediodía, a la cual hora volvían a sus casas para comer, y a la una y media o antes, otra vez a la escuela. Sin darles tiempo para merendar, proseguían hasta el anochecer y venir a faltar la luz, cosa que mucho me admiraba».

No es de extrañar que la atención del misionero de Tauste se centrara desde muy pronto en algo inherente a su condición religiosa. Entra desde el principio en contacto con bonzos y estudia sus creencias, ideas religiosas, ritos, pagodas, oratorios, imágenes, cementerios, género de vida de bonzos y monjas, procesiones, fiestas, santos, funerales, culto a los antepasados, luto, etc. Narra las procesiones nocturnas por las calles, describe cómo «los que no van a la procesión arrodíllanse y danse golpes en los pechos»; también las

campanas e instrumentos que tañen, «las varias e ingeniosas trazas de linternas que llevan con luces», cómo en ninguna casa o embarcación falta su oratorio y cómo delante de las imágenes «todas las más de las noches encienden su lámpara y algunos pebetes, y quemando perfumes se acercan y apartan de sus altarcillos con algunas reverencias y humillaciones». A continuación dedica un buen número de folios a relatar las representaciones de las deidades que encuentra en los templos, la vida monástica de los religiosos a quienes visita con frecuencia, sus ayunos, obediencia, regla, estudios, etcétera, pero no les voy a cansar a ustedes con más detalles.

Al llegar al final del manuscrito el lector se encuentra con una agradable sorpresa: descubre todo un magnífico álbum de dibujos con los que ilustra el texto. Voy a listar las figuras principales para que ustedes pueden apreciar el valor excepcional del manuscrito. Comienza con el ropón de los mandarines; sigue el vestuario de las ocho grandes familias chinas, el de los mandarines «muy graves»; la indumentaria de estudiantes, licenciados y letrados; los gorros, bonetes y ropas de capitanes, chinos y chinas bajas. Pinta muestras de armas, verdugos, suplicios e instrumentos de tortura; tocados, lutos, báculos, cofias, faldillas, medias, pañuelos, zapatos, etc.; también al rey y la reina, sus atavíos, tocados, cintas, los mandarines llevados a hombros, tirasoles y caballos ensillados, etc. Otra colección de dibujos es la formada por aquellos que representan con primor cómo los chinos cargan o transportan las cosas y la fabricación o trabajo de las mantas. Las banderas, campanas, trompetas e insignias de mandarines forman una colección en el álbum. Y por último nos regala con las láminas que reproducen tipos de sepulturas, santeros, bonzos, imágenes en los templos y secretarios de los mismos.

He intentado dar a conocer algunos aspectos del manuscrito. Manuscrito único, excepcional, una de las mejores muestras etnográficas del siglo XVII. Las observaciones aquí vertidas sobre la economía, la jerarquía política, la educación y el ritual hacen del manuscrito una fuente etnográfico-antropológica de excepcional importancia e imprescindible para el conocimiento de China a principios del siglo XVII. Y en cuanto a los dibujos, no tiene paralelo alguno la excelente impresión visual de la Gran China con la que nos regala. Lástima que el manuscrito esté sin publicar.

* * *

Y voy a pasar a glosar aspectos de obra de un tercer aragonés, también pionero excepcional de la Antropología. Me refiero a Joaquín Costa a quien todos ustedes conocen. Pero es casi desconocido y no suficientemente apreciado, uno de los aspectos científicamente más fundamentales y permanentes de la obra de Costa: su investigación y reflexión etnográfica. Ya en 1881 se lamentaba de que en la Universidad no se estudiase etnografía ni mitología. Lo volvería a hacer hoy, estoy seguro, si supiera que la Universidad zaragozana es virtualmente la única en España donde no se enseña Antropología Social. Seguimos, como en sus tiempos, con la misma invidencia.

Con voracidad intelectual insaciable se consagró a la investigación de la tradición cultural no sólo del alto Aragón sino del pueblo español. Frente a la verborrea libresca de muchos de sus contemporáneos, Costa observa el quehacer ordinario que se despliega a su vera tanto en Aragón como en Andalucía; está seguro de que hay que beber en el manantial de la vida popular, que hay que ir al campo, dialogar con la gente, observar al pueblo en acción, recoger directamente los hechos vivos, palpitanes, en operación. Esto que hizo Costa, es, exactamente, lo que hace el antropólogo hoy.

Y para que no parezca que todo cuanto acabo de decir es glosa o exégesis mía particular, voy a citar al mismo Costa. Para entender al otro, es decir, al pueblo, a otros modos de vida y cultura recomienda, y cito, no mirarlo «exclusivamente desde mi punto de vista según es uso, sino que me [pongo] en su lugar». Esto es lo que llamamos hoy punto de vista empático y recordamos a todo alumno que se dispone a realizar una investigación antropológica. Es lo que acertadamente llama él en otras publicaciones ponerse «en contacto directo con... [el] pueblo» o «penetrar en el corazón de un pueblo». Más concretamente y en unas pocas líneas describe su método —netamente antropológico— de trabajo; cito: «he acometido la ardua tarea de estudiar, por vía de ejemplo, la vida jurídica en el Pirineo Aragonés, y deducir de los hechos en que se manifiesta, las leyes no articuladas ni escritas que la rigen. He consultado al efecto... los protocolos y notarías de Jaca, Boltaña, Benasque, Benabarre y Huesca; y me han facilitado instrumentos y noticias multitud de amigos»; informantes, les llamaríamos hoy.

Otra dimensión clave en la investigación de la cultura a subrayar es, primero, la forma imaginativo-positiva en que Costa se plantea las preguntas; segundo, los temas que selecciona para su análi-

sis, y tercero, la reflexión crítica a que los somete. En cuanto al primer punto quiero simplemente realzar el enfoque y acercamiento *cultural* a muchos de los temas que investiga. Los hechos empíricos que recoge los visualiza como signos, analogías, sinécdoques, metáforas y metonimias. Dice expresamente que hay que tomar «en serio la vida de las ideas» y consecuentemente recomienda la investigación sería de arquetipos, de mitos, de símbolos. Todos ustedes se habrán dado cuenta de que estoy aludiendo a su interpretación mítico-simbólica del Cid quien, con precisión antropológica, define como «categoría de razón».

Los temas fundamentales de su investigación, aquellos que mantienen vivos el nombre de Costa en la literatura científica actual son netamente antropológicos. Además de los títulos bien conocidos como son Derecho consuetudinario del Alto Aragón, Poesía Popular, Derecho consuetudinario y Economía popular, Colectivismo agrario, Oligarquía y Caciquismo, Costa escribió un buen número de artículos sobre costumbres populares aragonesas, sobre el romancero, hablas y proverbios comarcales, sobre formas mentales y estructura social-local. Su peregrinaje por la historia interna, sus sondeos por la parajuridicidad, por la etnografía de la mente, del arte y del proverbio le hacen no sólo, quizá, el primero de los etnógrafos de su época, sino que lo convierten además en figura central en nuestra tradición antropológica; su obra vive en, y pertenece a, la Antropología de hoy a través de la alusión, la referencia y la temática.

A finales del siglo pasado se planearon con imaginación y meticulosidad dos grandes encuestas sin paralelo en Europa Occidental; las dos se realizaron a principios de este siglo y ambas son un modelo de rigurosidad científica en aquella época. Contenidos y enfoques asaltan sorprendentemente hoy al especializado en Antropología; son perlas antropológicas porque nos brindan inestimables plataformas comparativas. Pues bien, una fue debida, inmediata y directamente a Costa; en la otra aparece ampliamente su mano ya que guió a su discípulo, Rafael Salillas, otro aragonés, en su concepción y realización.

Y para el tercer punto, Costa no se detiene como sus coetáneos etnógrafos en la simple descripción folklórica; va más allá. Ve la historia interna, local con otros ojos, observa la sociedad popular con ojos nuevos; es más imaginativo mentalmente, más sutil y sofisticado. Además de poner al lector en contacto con la vida real, a

la observación y descripción añade reflexión, ve el detalle etnográfico como microcosmos de lo colectivo. Se da cuenta de que la literatura popular es —cito— «fotografía de un estado social»; insiste en que no basta ni sirven —cito— «unos cuantos materiales allegados empíricamente y eslabonados sin ningún artificio orgánico»; critica a aquellos que no han acertado «a levantarse del hecho, que toman lo contingente por andador». Piensa, con tristeza, que «le han faltado alas al pensamiento nacional para remontarse, poder de ideación, estímulos».

Frente a esta carencia de principio científico organizador que constata en el análisis y síntesis de la cultura popular, el polígrafo oscense nos obsequia con una de sus penetraciones mentales más incisivas y originales: con lo que él llama la *organicidad* del hecho socio-cultural, esto es, lo que hoy llamamos en Antropología, siguiendo a Mauss: el hecho social total. Los hechos sociales aislados de su contexto no tienen sentido, nos dice Costa; hay que considerarlos en sus relaciones e interconexiones para que nos proporcionen la razón de ser de su existencia y de su semanticidad. Para no tergiversar su pensamiento, permítanme reproducir algunas frases pertinentes: «el pueblo... es un conjunto orgánico..., su cuerpo es un cuerpo místico..., su espíritu es una resultante»; «todo está trabado en el organismo de la nación, cualquiera que sea el camino que [se] tome»; es necesario «un sentido más orgánico que el usual hoy en la concepción de la sociedad, y por tanto, de la relación del todo social con cada uno de sus miembros; un principio organizador». Termino las citas con esta frase rotundamente contemporánea: «el mayor número de las costumbres que son objeto de este ensayo, giran en derredor de la familia; y no sería fácil formarse cabal idea de ellas, sin adquirir previamente un conocimiento total de esa institución».

La energía creativa costista nos ha deparado otro hallazgo antropológico no menos importante que el anterior; me refiero a su visión del pueblo pero como contrapuesto a la élite, al pueblo-nación frente al estado y sus gobernantes. Entiendo que *pueblo* es para Costa un concepto etnográfico simbólico, una figura moral, una presencia espiritual creadora, pero callada, subterránea y latente, a lo largo de la historia hispana. A pueblo lo define frecuentemente por su negación: no es la norma escrita ni el papel yerto de lo legal; nada tienen que ver con el caciquismo oligárquico. Por el contrario, identifica a pueblo con la viveza de lo consuetudinario, con la tra-

dición, el uso y la costumbre. Más aún y más radical: Costa eleva su concepción de pueblo y de lo popular a una categoría de dignidad metafísica, lo ve como una constante intemporal de la humana existencia. Escribe: «En términos generales, toda poesía (lo mismo que todo otro producto del espíritu, costumbre jurídica, uso agronómico, principio, teoría científica, legislación, etc.) cuyo autor se ha inspirado en el espíritu general y ha procedido como órgano y ministro suyo, identificándose más o menos con él y llevando su voz, es poesía popular». Es «patrimonio común» aquel en el que «se descubre una completa abstracción del espíritu individual y un sello de objetividad que lo hace aparecer como productos espontáneos y como obras directas de todo el pueblo». «Toda obra literaria» es popular «cuando... reconoce por base los materiales fragmentarios ofrecidos por la tradición..., ha bebido su inspiración en el arsenal de los recuerdos vivos y de las creencias y aspiraciones ideales de la sociedad»; es «popular... cuando el poeta se ha hecho nación, raza, humanidad, desprendiéndose de todo elemento egoísta y particular, empapándose del sentido universal histórico... cuando el pueblo se reconoce objetivado en la obra, la acoge y la sanciona con su aprobación y se la transustancia, haciéndola carne de su carne y hueso de sus huesos».

Toda creación literaria (poesía, épica, proverbios, etc.), o artística, toda producción jurídica, mítico-religiosa, política, etc., es, mantiene con buen acuerdo Costa, individual, pero, «una vez que ha sido prolijada por el pueblo y héchese patrimonio universal, queda sometida al influjo de todas las energías plásticas y transformadoras que en su seno actúan». El pueblo reelabora, añade, substrahe, altera y desarrolla tanto en el fondo como en la forma, y esto en concordancia con «sus costumbres locales, sus memorias del pasado, sus formas de gobierno, el mayor o menor vuelo de su pensamiento». De esta forma, Costa trata de explicar el triple problema de la creación individual, de la absorción y moldeamiento popular de toda producción humana importante y de las variantes ecológico-locales a lo largo del tiempo. Puedo asegurar que no conozco en la literatura etnográfica española nada tan complejo, envolvente y original como el pensamiento de Costa en su visión de la creatividad, lo colectivo y popular. No perderá el tiempo ningún antropólogo español leyendo estas páginas en las que hace cien años dejó analizados conceptos e ideas en forma más clara y precisa de lo que a veces se escribe hoy sobre el mismo tema por especialistas.

Otra importante —y única en aquel momento— contribución de Costa al período iniciático de la Antropología hispana es su concepción objetiva, mejor dicho, histórico-objetiva, de la cultura. Su certera penetración le hizo investigar la naturaleza de la cultura en sus manifestaciones externas históricamente dadas y popularmente activas; buscó las colectivas señas de identidad de la cultura, su encarnación objetivada. Investiga «las más granadas manifestaciones del espíritu nacional» en «la teología y filosofía jurídica, [en] la economía y la historia patria, [en] las costumbres y ordenanzas municipales». Escribe más categórica y enfáticamente: «yo he sentido curiosidad de saber y se lo he preguntado a la Historia..., a las principales esferas de la actividad humana». La «peculiar manera de vivir... [de] cada pueblo», sus costumbres, fueros, estilos de jurisprudencia, sus formas familiares, su léxico, creencias, aspiraciones, proverbios y mitos es lo que constituye la roca viva y permanente de la cultura, su «razón objetiva e impersonal». «La vida —nos dice— se gobierna por una ley de unidad, y el genio de cada raza [pueblo diríamos hoy] se ostenta siempre el mismo en todas sus manifestaciones»; esta configuración costista del carácter unitario de la cultura antecede en decenas de años a la idéntica conceptualización y formulación levi-straussiana moderna. Costa al engranar en apretada simbiosis cultura, objetividad e historicidad concuerda y antecede, una vez más, a una corriente última, es decir, muy reciente en la Antropología actual.

No dudo en afirmar que su visión histórico-objetiva de la cultura le otorga un puesto de honor en nuestra disciplina. Pero quiero resaltar a continuación su modo de hacer historia, porque no es un historiador como sus coetáneos los historiadores; su historia está socializada, antropologizada, ya que al investigar una manifestación cultural desde el pasado al presente, analiza las sucesivas adaptaciones temporales, la forma en que recibe la impronta de la región, la comarca o la aldea, cómo es permutada e interpolada y cómo se obtienen nuevas conclusiones de las premisas iniciales que se amalgaman en estrecha síntesis con la cultura local. Pero, y este es el punto más importante en su interpretación histórica de la cultura, Costa se da perfecta cuenta de que es necesario hacer historia al revés; los cuentos que encapsulan valores, los apotegmas cargados de profilosofía, las leyendas locales, los ritos, símbolos y mitos en operación hoy, son reinterpretados periódicamente desde el presente y para el presente.

Voy a repetir esta idea —vale la pena—, con sus mismas palabras: «Cada una de las regiones... —cito— imprime [a toda manifestación cultural] rasgos tan característicos... inducidas [las gentes y regiones]... por el recuerdo de alguna grave injuria o por algún ruidoso suceso que presenciaron o en que tomaron parte, parafraseando arengas, eliminando o refundiendo episodios, alterando, para dibujarla a su propia imagen y semejanza la fisonomía del protagonista, enredando el nudo con alguna nueva invención cuando estaba a punto de desenlace, *reduciendo lo pasado a las condiciones del presente...*, introduciendo alguna potencia sobrenatural y bañando el conjunto de un tinte legendario y maravilloso, tanto más vivo cuanto mayor es el poder abstractivo [imaginativo] de su fantasía». En otras palabras, es desde el presente desde donde interpretamos el pasado.

He entresacado una serie de temas, enfoques y aportaciones vigentes hoy, después de un centenar de años, en la disciplina que profeso. Ahora bien, tengo que afirmar que una gran parte de su obra ni está todavía plenamente apreciada desde la Antropología ni situada en su contexto formal e histórico, pero también quiero asegurar que el significado y valor de parte de su producción, la histórico-científica, crece cada día que pasa, o dicho de otra manera, el potencial antropológico de su obra nos guarda todavía sorpresas. Es precisamente el antropólogo de hoy el que puede realmente valorar sus presunciones, método y enfoques culturales, el que mejor puede justipreciar la aportación pionera de Joaquín Costa. Cualquier y todo antropólogo puede entablar un fructífero diálogo con él al leer las páginas que sobre cultura popular escribió. Costa tuvo sensibilidad antropológica; fue un antropólogo *avant la lettre*.

Les he hablado de tres impresionantes figuras aragonesas; las dos primeras totalmente desconocidas; tampoco la obra etnográfica de Costa ha sido evaluada como merece; viene eclipsada por el lado político de su producción y actuación. Los tres merecen un puesto en la historia de la Etnografía y Antropología hispanas. Los tres nos hacen pensar en este Aragón de pioneros sin continuadores, de sorprendentes iniciadores de disciplinas que no alcanzan institucionalización académica. Hoy Aragón, en el campo antropológico universitario es el furgón de cola. Para terminar quiero citar de nuevo a Costa: «Somos —dice— un pueblo de profetas que anunciamos al Mesías del progreso, a reserva de desconocerlo y tal vez de crucificarlo, luego que aparece. El cielo de nuestra historia es un cielo de

estrellas fugaces que fulguran con luz vivísima durante un segundo y que al punto se extinguen para siempre». Pero al menos tenemos pioneros, y de primera magnitud.

